

Cuadernos
del

CEN
DES

Centro de Estudios del Desarrollo
Universidad Central de Venezuela

Año 16. Segunda época, septiembre-diciembre 1999

42

REVISTA CUADERNOS DEL CENDES. -1983-
Caracas: UCV, Centro de Estudios del Desarrollo
(CENDES), 1999-

Cuatrimestral

ISSN 1012-2508

© Cendes 1999
Depósito Legal
pp. 198302DF32

Edición al cuidado de Rosa Lucía Celi, Jefa Unidad de Publicaciones

Portada	Mandala, Estudio de Diseño
Diagramación	Margarita Páez-Pumar
Corrección de textos	Inés López
Impresión	Editorial Melvin, C.A.
Tiraje	1.000 ejemplares

Dirección	Av. Neverí, Edif. Fundavac, Colinas de Bello Monte. Caracas.
Dirección postal	Apartado Postal 6622. Caracas 1010-A. Venezuela
Teléfonos directos	(58-2) 753.36.86 Dirección 751.07.19 Coordinación de Investigaciones 751.06.91 Coordinación de Estudios 753.35.20 Unidad de Publicaciones 753.76.12 Unidad de Información y Documentación
Central telefónica	753.10.90/30.89/34.75/38.62/31.98/53.12/58.56/61.09
Fax	751.26.91
e-mail	upcendes@reacciun.ve

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta publicación sin la autorización del Comité de Redacción de Cuadernos del Cendes.

REVISTA CUADERNOS DEL CENDES

Año 16. N° 42 • Segunda época • septiembre-diciembre 1999

Agradecemos al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICIT) y al Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CDCH) el apoyo financiero que han otorgado para esta publicación.

Director Fundador

José Agustín Silva Michelena

Comité de Redacción

Nelly Arenas

Directora

Beate Jungemann

Autoridades del Cendes

Helia Isabel Del Rosario

Directora

Luis Gómez Calcaño

Coordinador de Investigaciones

Rita Pucci de Liprandi

Coordinadora de Estudios

Marianela Carrillo / Mabel Mundó

Representación Profesoral

Contenido

Presentación	ix
Desarrollo sustentable: opciones y limitaciones para América Latina y el Caribe <i>Antonio De Lisio</i>	1
La salud: ¿espacio público o privado? <i>Pasqualina Curcio</i>	25
Dilemas del desarrollo, protección del medio ambiente y enfoques postmodernistas <i>H.C.F. Mansilla</i>	45
Venezuela, política y petróleos <i>Bernard Mommer</i>	63
Fedecámaras y la cuestión petrolera (1958-1966) <i>Nelly Arenas</i>	109
Prácticas indígenas-ambientalistas y procesos de globalización: la reconstrucción del tiempo, del espacio y del poder <i>Ximena Agudo Guevara</i>	141
La enseñanza de la ética y sus implicaciones para la ingeniería en Venezuela <i>Mauricio Ramos Álvarez</i>	167
DOCUMENTOS Políticas de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho dirigidas a mejorar la equidad <i>Gisela Alvaray</i>	189

RESEÑAS INSTITUCIONALES

Reconocimiento a investigadores del Cendes 203

De élites y masas a ciudadanos organizados: reflexión informal
en un acto formal

Palabras pronunciadas por Luis Gómez Calcaño en el acto
de entrega del Premio Anual 1998 205

INFORMACIÓN EDITORIAL

COLABORADORES 213

NORMAS PARA COLABORADORES 215

PUBLICACIONES CENDES 1999 217

Prácticas indígenas-ambientalistas y procesos de globalización: la reconstrucción del tiempo, del espacio y del poder

Ximena Agudo Guevara

Resumen

El presente trabajo tiene tres propósitos: profundizar en torno a cómo ocurren e intersectan distintos procesos sociales, económicos y/o culturales en los presentes tiempos de globalización; ilustrar cómo se articulan y operan los distintos actores sociales dentro de estos procesos; y mostrar cómo dichos procesos, y los actores que participan de ellos, inciden en la construcción y/o transformación de representaciones sociales de espacio y de tiempo en el contexto del actual orden mundial. Con tales fines este trabajo, primero, centra su atención en la así llamada «alianza indigenismo-ambientalismo». Segundo, analiza las representaciones sociales de espacio y de tiempo que en dicho contexto, por un lado, refuerzan el uso y diseminación de conceptos tales como el de «desarrollo sustentable», y por el otro, orientan las prácticas de los actores sociales globales y locales que participan de dicha alianza. Finalmente, pone en evidencia cómo dichas prácticas, en el contexto venezolano, involucran relaciones de tensión y conflicto en las cuales la transformación y/o reconstrucción de las representaciones sociales de espacio y tiempo expresan la forma en que se negocia el poder entre los actores sociales en tales prácticas involucrados.

Palabras Claves: Espacio-tiempo / Globalización / Desarrollo sustentable

Abstract

This article has three main purposes: to explore how different social, economic, political and/or cultural processes take place and interrelate in the current age of globalization; to illustrate how different social agents operate and articulate within these processes and, finally, to show how these processes and diverse social agents contribute to the re-construction and/or transformation of social representations of space and time in the context of the current world order. Along with such purposes, this article first, focuses on the so called «environmentalist-indigenous alliance». Second, analyzes the social representations of space and time which, in such context, reinforce the use and dissemination of some concepts such as «sustainable development», as well as contribute to shape the practices of those social agents –locals and globals– involved in that kind of alliance. Finally, the article shows, within the Venezuelan context, how the relations of tension and conflict among social agents take place, and how the reconstruction of social representations of space and time works as an expression of the negotiation of power.

Key Words: Space-time / Globalization / Sustainable development

Introducción

En los actuales tiempos de globalización, caracterizados tanto por la intensificación como por la multiplicación de procesos transnacionales, de los cuales participan agentes sociales de muy diversa naturaleza, se hace conveniente examinar las formas institucionales que facilitan la producción y diseminación de algunas de las prácticas que caracterizan a estos procesos sociales contemporáneos.

Es dentro de este contexto que nos parece relevante indagar, por un lado, acerca de la naturaleza de las representaciones sociales de espacio y de tiempo que se activan y/o producen a partir de los llamados procesos de globalización; y por el otro, acerca de cómo ellas orientan, de manera desigual y diversa, las prácticas sociales de los actores que participan de los mismos. Por lo tanto, con este trabajo buscamos profundizar en torno a cómo ocurren e interceptan distintos procesos sociales —económicos, políticos y/o culturales— en los presentes tiempos de globalización; ilustrar cómo se articulan y operan los distintos actores sociales dentro de estos procesos; y, finalmente, mostrar cómo dichos procesos y los actores que participan de ellos inciden en la construcción y/o transformación de las representaciones sociales de espacio y de tiempo en el contexto del actual orden mundial.

Cuando hablamos de *representaciones sociales* nos estamos refiriendo a unidades de significación que contribuyen a promover y a orientar las acciones de los actores sociales quienes, a su vez, participan de su construcción. Es en tal sentido que las representaciones sociales participan de los procesos de construcción de la realidad: así como contribuyen a configurarla, los efectos de su configuración inciden tanto en las prácticas de los actores sociales como en la re-construcción de aquello que representan¹. Es desde esta perspectiva que, cuando hablamos de representaciones sociales de espacio y de tiempo, nos referimos a unidades de significación socialmente construidas, que orientan las prácticas de los diversos actores sociales que participan de su construcción y que nos informan tanto de su forma de ser (*histórica*) y de estar (*geográfica*) como de las diferencias y transformaciones de las relaciones sociales de las cuales participan dichos actores (Agudo, 1999).

¹ La definición de representaciones sociales que aquí se utiliza deriva de un conjunto de discusiones que en torno a dicho tema han sido emprendidas por un grupo de estudio del cual participa la autora de este artículo. Dicho grupo de estudio, adscrito tanto al doctorado en Ciencias Sociales como al Centro de Estudios Postdoctorales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, ha venido haciendo una revisión sistemática de este concepto. En atención a la definición que aquí se presenta, constituyen referencias centrales Durkheim 1968[1912]; Moscovici (1979[1961]); Farr y Moscovici (1984); Ibañez Gracia (1988, 1996).

Basándonos en lo antes dicho, las representaciones sociales del espacio y del tiempo que constituyen el objeto de nuestro interés son aquellas que, institucionalizadas y estabilizadas desde Europa Occidental primero, y Norte América después, han contribuido a la configuración de una realidad a través de la cual se expresa la relación constitutiva de occidente respecto del mundo no occidental. Cuatro características distinguen esta relación que, como «occidentalismo», define Coronil (1996): separa los componentes del espacio planetario en unidades discontinuas; desagrega sus historias relacionales; transforma la diferencia en jerarquía e interviene en la reproducción de relaciones desiguales de poder. A nuestro juicio, estas características sirven así mismo para distinguir las representaciones sociales de espacio y de tiempo a las que nos referimos en este trabajo.

Las representaciones sociales de espacio y de tiempo así entendidas nos reportan la utilidad de poder abordar el estudio de los procesos de globalización desde una perspectiva que busca examinar tanto los procesos de integración como los procesos de diferenciación que tienen lugar a través de redes de interacción políticas, económicas, sociales y/o culturales. Redes que derivan de la necesidad de distintos actores sociales de conquistar, mantener y/o redefinir espacios sociales de poder y legitimación. Es decir, que se trata de una perspectiva analítica que pone el acento sobre las *tensiones* entre lo múltiple y lo unitario, la diferencia y la identidad (y no sobre sus relaciones de *equilibrio* y *armonía*). Para algunos autores estas tensiones sugieren la emergencia de una nueva conciencia espacio-temporal que se relaciona con la llamada «crisis de los Estados nacionales», entendidos éstos como organizaciones territoriales, étnica y gubernamentalmente compactas e isomórficas (Appadurai, 1996:42).

Esta crisis se refiere entonces a las tensiones que derivan de dos tipos de construcciones. Por un lado, el discurso nacionalista que promueve la idea de que las *entidades territoriales* son unidades independientes y separadas, de historias localizadas sobre las que se edifican las *identidades de lugar* y que mantienen relaciones contingentes con otras unidades pares. Y por otro lado, aquellas construcciones en las que las *entidades territoriales* no parecen ser la figura central del discurso de los actores sociales, tradicionalmente subalternos, quienes en el escenario moderno responden a la presión territorial ejercida desde los Estados soberanamente constituidos. De ahí la diferencia entre «espacio imaginado» y «lugar» (Gupta y Ferguson, 1992:11); diferencia que nos habla, por una parte, de los espacios que se construyen transterritorialmente, y por la otra y en consecuencia, que cuestiona la hegemonía de las organizaciones territoriales, construidas como entidades fijas, compactas e isomórficas.

Estas circunstancias sugieren nuevas cartografías, y bien sea que se inscriban en marcos de referencia postnacionales (Appadurai, 1996) o postmodernos (Yúdice, 1993, 1995; Larochelle, 1992), en ellas se ponen de relieve los flujos

de interconexión y de *copresencia de diversas espacialidades y temporalidades culturales* («tradicionales» o «modernas») que constituyen la experiencia de los actores sociales que participan de distintos conflictos y tensiones en el contexto del actual orden mundial. La forma en la que se construye esta copresencia espacio-temporal, a través de las prácticas, acciones e interacción entre actores sociales, nos informa entonces de cómo se negocian las relaciones de poder en el mundo contemporáneo.

Porque la copresencia espacio-temporal se refiere a una creciente conciencia acerca de la naturaleza móvil de los pueblos y/o grupos humanos (Appadurai, 1996; Malkki, 1992) nos vemos obligados a repensar las relaciones que se establecen entre *identidad y territorialidad*. En América Latina, al igual que en otros escenarios tanto del «mundo occidental» como del «mundo no occidental», la identidad y la territorialidad parecieran estar en proceso de transformación. La expansión e intensificación de relaciones múltiples y heterogéneas entre diversos actores sociales –domésticos y no domésticos; locales y/o globales; nacionales, internacionales y/o transnacionales²– constituyen indicadores de los procesos de transformación y de reconstrucción de las representaciones sociales del espacio y del tiempo sobre las que se edifican tanto las identidades como los territorios. En el interior de estos procesos de cambio el *pasado* y la *tradición* encuentran nuevas articulaciones en el debate y escenario contemporáneos (Yúdice, 1992; García Canclini, 1990, 1995).

Se trata de articulaciones que desafían los esencialismos. Es decir, que desafían los modelos de organización histórico-territorial a partir de los cuales se asume la identidad como algo natural, de sentido común y ya dado, y no como una construcción históricamente constituida. Así mismo, se trata de articulaciones que desafían la diferenciación radical entre el pasado y el presente; los espacios occidentales y los no occidentales. Se trata, en fin, de articulaciones que ponen en contacto y restituyen la experiencia común, tanto espacial como temporal, compartida por las sociedades y grupos humanos tanto céntricos como periféricos.

Es sobre estas nuevas intersecciones que parecen hablarnos las alianzas que tienen lugar entre los actores de diversos movimientos sociales; en particular, haremos referencia aquí a las relaciones que se establecen entre los variados actores sociales cuyas acciones gravitan alrededor de los movimientos indígenas y ambientalistas. Se trata éste de un escenario particular que nos

² Adoptamos en este trabajo la clasificación y definición de los distintos tipos de relaciones y actores sociales que propone Daniel Mato porque contribuyen a dar especificidad a lo que este autor identifica como los «presentes tiempos de globalización». Véanse, entre otros de sus trabajos, Mato 1996, 1997a, 1997b.

brinda la posibilidad de indagar aquello que constituye nuestro interés más fundamental: cómo se transforman las representaciones de espacio y tiempo, como expresión de las negociaciones del poder en el contexto de los actuales tiempos de globalización. Nuestra estrategia reside, primero, en la descripción de cómo se dan las rearticulaciones antes referidas, desde el punto de vista de los actores sociales que participan de ellas con algunas referencias dentro del contexto latinoamericano en general y venezolano en particular. Segundo, en el análisis de algunos conceptos y nociones claves que, promovidos por los distintos actores sociales, nos sirven para examinar las representaciones sociales de espacio y de tiempo que, como construcciones sobre las cuales se sustentan aquellos, entran en juego y en conflicto a través de la interacción que singulariza a las prácticas que convergen alrededor de los asuntos indígenas-ambientalistas.

Antecedentes

Al referirnos a la globalización buscamos diferenciarnos de un particular tipo de discurso que, dentro de esta nueva narrativa, parece sugerir que la complejidad de los procesos culturales y transformaciones sociopolíticas contemporáneos se inscriben dentro de una «nueva fase» en la cual las tecnologías comunicacionales y/o la economía de mercado actúan de manera determinante.

Según esta tendencia, el espacio-mundo parece re-acomodarse en la búsqueda de un *nuevo equilibrio*, desde el cual parece imponerse una «identidad», ahora supranacional y/o supraterritorial: «cultura global» (Smith, 1991); «civilización global» (Pelmutter, 1991); «sociedad capitalista mundo» («Wallerstein, 1997) constituyen conspicuos ejemplos de esta tendencia hacia la construcción social de una nueva «comunidad imaginada» (Smith, 1990). Es decir, se trata de una tendencia mediante la cual la *modernización* como proyecto revitaliza su vigencia, lo cual trae como consecuencia la intensificación de aquellos procesos que, –tal y como ha ocurrido con el «discurso del desarrollo», su aparato y sus prácticas (véase Escobar, 1995)–, contribuyen a la *erosión selectiva*, pero expansiva, de formas locales y particulares³.

En nuestra opinión, tal tipo de construcción teórica es portadora de signos y símbolos identitarios que más que promover la diversidad ejercen la subordinación de las diferencias y, ahora dentro de la narrativa de la globalización,

³ Para una revisión crítica de algunos de los discursos que tienen lugar en el contexto de la narrativa de la globalización, así como sus convergencias y tensiones, véanse Agudo 1998a, 1998b.

abogan por la «integración armónica» de las distintas regiones que, como construcciones asimétricas y en relación de oposición, conforman el mapa del espacio-mundo: hasta hace poco centro/periferia, hoy Norte/Sur.

Centro/periferia, Este/Oeste, Norte/Sur, primer-mundo/tercer-mundo, desarrollo/subdesarrollo... constituyen variaciones en las representaciones del espacio –y concomitantes representaciones del tiempo– que han sido posibles gracias a mecanismos específicos de construcción social de las identidades nacionales y/o regionales. En el modelo fundacional de organización de los Estados nacionales residen tales mecanismos: el supuesto de que los territorios son entidades fijas y naturales en las cuales se desarrollan historias locales posibilita la ilusión de que las identidades (locales, nacionales y/o regionales) sean entendidas como el resultado de historias independientes y no el resultado de relaciones históricas (Coronil, 1996).

Sobre tal construcción ha sido posible la edificación del mapa de la gran familia de las naciones, cuyo soporte lo constituyen las prácticas *inter-nacionales*; es decir, un conjunto de prácticas a través de las cuales se definen y se ejercen relaciones jerárquicas y de poder desigual entre las partes que conforman el espacio-mundo (Thomson, 1993).

El ordenamiento del escenario-mundo sobre tales bases constituye una forma particular de representación del espacio y del tiempo que encuentra sus antecedentes modernos en dos mitos de larga data –el mito del milagro europeo y el mito de los espacios vacíos– y las prácticas del «elitismo espacial» (Blaut, 1993) propias de los procesos de colonización (expansión de, y desde la nacionalidad), cuya fundamentación reside en la convicción de que los procesos de cambio (progreso) operan en una dirección unívoca: desde adentro hacia afuera, desde el centro hacia la periferia.

En la expansión y diseminación de esta representación social del tiempo y del espacio-mundo, después de la Segunda Guerra Mundial, ha jugado un papel relevante el «discurso del desarrollo» y, más recientemente, lo viene jugando su más novedosa versión: la del «desarrollo sustentable»⁴. Un ejemplo de ello lo constituye su rápida y extensiva adopción por parte de agentes sociales tanto locales como globales de la «Región de América Latina y el Caribe» (véase Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe, 1991). Menos novedosa de lo que parece, la construcción del desarrollo sustentable y la expansión de sus prácticas nos sirven para ilustrar cómo opera la unidireccionalidad del «elitismo espacial» al que nos referimos anteriormente.

⁴ Para una revisión crítica del discurso del desarrollo sustentable véase Agudo 1998b.

Dicha construcción encuentra sus antecedentes en Alemania e Inglaterra en la década del 70 y está vinculada a la necesidad de estos países de reconsiderar sus modelos de industrialización, entonces cuestionados por movimientos antinucleares y pacifistas en Alemania y grupos de presión en Inglaterra entre los que destacan «Friends of the Earth» (FOE) y «Greenpeace». Fueron estas circunstancias las que desencadenaron la fundación de los «partidos verdes», a partir de cuya acción la «dimensión ecológica», como fundamento de un crecimiento cualitativo, pasó a formar parte del modelo alternativo del desarrollo industrial de estos países europeos.

Para inicios de la década de los 80 el modelo alternativo de desarrollo de los países europeos adquirió contornos más precisos. En Alemania se identificó como «una economía mundial de solidaridad ecológica» (Lippelt, 1994:156), mientras que en Inglaterra un país desarrollado sería aquel «que trabaje activamente por reducir la contaminación tanto de sus propios recursos como de sus vecinos». Es decir «que el proyecto de desarrollo de los ambientalistas del Reino Unido tiene que ocuparse tanto del mundo rico como del pobre» (Lambert, 1994:173).

Es a partir de los años ochenta, como consecuencia del grado de desindustrialización de Gran Bretaña, que se renovó la conciencia sobre lo ambiental. Ello hizo que los británicos, por sucesos domésticos y acostumbrados a actuar localmente, empezaran a pensar en los *espacios extranacionales* (Rootes, 1994:175). También ello propició una mayor y creciente colaboración alrededor de los problemas relacionados con la economía y el comercio. Es justamente alrededor de estos cambios que se intensifica la preocupación por los bosques tropicales; por la multiplicidad de grupos afectados por la deforestación y sus efectos sobre el clima; y por los problemas derivados de la deuda y del comercio internacional. De esta manera, la agenda básica de los modelos alternativos emergentes en Europa implica, una vez disueltos los bloques Este/Oeste, repensar las relaciones Norte-Sur bajo una doctrina que supone el *equilibrio interregional*.

No casualmente, son estos antecedentes los que hacen posible que el «desarrollo sustentable» sea incorporado al Informe «Nuestro Futuro Común» como uno de sus aportes fundamentales. El informe en cuestión resulta del encuentro de la Comisión Mundial sobre Ambiente y Desarrollo (1987) y, por ello muy significativo, su nombre alude a una «mismidad» presente y futura en apariencia incuestionable: la preocupación por el «ambiente» y el «desarrollo» es y debe ser expansiva, y por lo tanto, una preocupación mundialmente compartida. Se trata pues de un eslabón significativo en la construcción e institucionalización de una «cultura global» como representación de un mundo de tensiones y diferencias sometidas, o al menos suprimidas; es decir, integrado y armónico.

La resonancia de estas nuevas preocupaciones sobre el ambiente y el desarrollo se manifiesta tempranamente en América Latina y es particularmente ilustrativa en el caso de Brasil: en 1985 se crearon en este país once nuevas organizaciones con metas dirigidas a la preservación de los ecosistemas. Dos de ellas constituyen filiales de Friends of the Earth y Greenpeace, las cuales operan con fondos provenientes de organizaciones como World Wildlife Fund (WWF), Conservation International y Environmental Defense Fund. Desde entonces, localmente, el movimiento ambientalista se ha ido relacionando con otros movimientos sociales para dar origen al «socioambientalismo». Éste ha propiciado la conexión, entre otros sectores sociales, de los movimientos de mujeres, de las poblaciones rurales, de las asociaciones de vecinos y de los movimientos indígenas, particularmente amazónicos, los cuales han encontrado en la problemática del ambiente una nueva dimensión en la lucha tradicional por sus tierras (Viera y Viola, 1994:114).

Los indígenas, hasta hace poco considerados irrelevantes en la promoción del desarrollo y crecimiento económicos, a partir de la década de los ochenta comenzaron a ser considerados como elementos claves en la implantación de una nueva racionalidad económica –y no menos cultural y política: la sustentabilidad del desarrollo.

La conservación de la biodiversidad es un subproducto y una clave de esta nueva racionalidad, y es dentro de este contexto que la investigación tanto etnobiológica como ecológico-cultural ha puesto de manifiesto la sofisticada naturaleza de los sistemas de conocimiento y producción de los indígenas amazónicos. En Brasil la experiencia de los Kayapó constituye un significativo ejemplo de cómo las técnicas y prácticas agrícolas locales son reivindicadas por las ciencias occidentales; reivindicación que se fundamenta en la íntima comprensión de los procesos e interacciones ecológicas que suponen y revelan las prácticas indígenas. En consecuencia, en la medida en que la filosofía ambientalista se ha ido desplazando desde los estrictos principios de conservación del ambiente hacia la búsqueda de modelos de uso sustentable de los bosques tropicales, se ha ido expandiendo también una racionalidad que involucra la defensa de los derechos territoriales indígenas (véase Conklin y Graham 1995:697-698).

Con la noción de desarrollo sustentable los ambientalistas descubrieron el valor del conocimiento aborigen y las organizaciones ambientalistas descubrieron el valor estratégico que implica aliarse con las causas indígenas. La alianza con los indígenas del Amazonas, tal y como lo reportan Conklin y Graham respecto de Brasil (1995:698) ha conferido a los movimientos ambientalistas un beneficio político e ideológico adicional. A saber, ha legitimado la inserción de los ambientalistas del primer mundo en los asuntos internos de

otras naciones. Ello, además, fortalece su posición moral y amplía su red de alianzas facilitando una salida estratégica a las organizaciones transnacionales, globales, no domésticas vinculadas al movimiento por los derechos humanos, buena parte de cuya acción también se orienta hacia la defensa de las poblaciones indígenas, incluidas en particular las de los bosques tropicales (Brysk, 1994). En pocas palabras, en términos estratégicos, tanto los grupos de derechos humanos que decidieron «reverdecen» como las organizaciones no gubernamentales ambientalistas que decidieron «nativizarse» se vieron beneficiados por la emergencia y convergencia de argumentos tanto científicos como morales (Conklin y Graham 1995:698).

De la misma manera, los activistas indígenas, entre ellos los brasileños, han alcanzado una visibilidad y efectividad sin precedentes y han logrado insertarse en nuevos espacios sociales tanto nacionales como internacionales y transnacionales. También, el lenguaje de los ambientalistas ha facilitado a los activistas indígenas nuevas formas de comunicación y legitimación de sus demandas, ampliando de esta manera su círculo de influencia y sumando a sus causas nuevos y variados aliados.

Por otro lado, el apoyo internacional concedido a los activistas locales ha conferido a los grupos indígenas relevantes márgenes de independencia respecto de las instancias gubernamentales locales, tradicionalmente encargadas de administrar sus asuntos. En los contextos nacionales ello incide, así mismo, sobre el curso de las prácticas tradicionales de los actores sociales gubernamentales. En el caso de Brasil, por ejemplo, la presión internacional hizo posible que las agencias y acciones gubernamentales ampararan los derechos territoriales indígenas en varias regiones severamente afectadas por las consecuencias de un intensivo desarrollo económico impulsado a gran escala. Se vieron beneficiadas por estas acciones y presiones las comunidades de las regiones del Rondonia, Mato Grosso, Roraima y Pará seriamente amenazadas y/o afectadas por la implantación de proyectos de colonización, los efectos depredadores de la actividad minera y la construcción de grandes represas (véase Conklin y Graham, 1997:699).

Con respecto al movimiento de apoyo de las poblaciones indígenas, pareciera difícil referirse al tema del ambientalismo en Latinoamérica sin hacer referencia al primero. Ello puede ser interpretado como una de las diferencias del movimiento ambientalista de los países del Norte con respecto a los del Sur (García-Guadilla y Blauert, 1994:20). Sin embargo, las alianzas entre los movimientos ambientalistas y el apoyo a las poblaciones indígenas, en buena medida resultan de iniciativas promovidas por organizaciones transnacionales con base en los países del Norte y que suscriben el concepto de desarrollo sustentable. Algunos casos resultan ser tan ilustrativos como polémicos de esta

situación. Sirva a tales efectos mencionar el proyecto Tagua, promovido por Conservation International en el Ecuador, el cual pretende armonizar los negocios, el desarrollo comunitario y la ciencia aplicada promoviendo la conservación de los bosques tropicales e incentivando la producción y comercialización de bienes no madereros; Shaman Pharmaceutical en México, entre otros países del Sur, puesto al servicio de la investigación médico-farmacológica con el propósito, entre otros, de reducir los altos costos de la investigación científica; y el desarrollo del Ecoturismo en Costa Rica a través de proyectos como el Monteverde Cloud Forest Reserve y Selva Biological Station, los cuales apuntan hacia la conjugación del desarrollo económico y la conservación ambiental (véase Carr, Pedersen y Ramaswamy, 1993). Cómo y quiénes se benefician a corto, mediano y largo plazo a través de estos proyectos de sustentabilidad, tal y como dijimos anteriormente, constituyen polémicas aristas del debate contemporáneo.

Por tratarse de experiencias desigualmente variadas, no nos sorprende que algunos autores critiquen severamente la racionalidad que orienta el discurso y las prácticas de algunos agentes globales no domésticos que, como Cultural Survival y Body Shop, participan de proyectos de explotación, cultivo y comercialización de productos provenientes de los bosques húmedos tropicales. Tres prácticas constituyen el blanco de estas críticas: la exotización y la feminización –a través de la promoción de imágenes de fertilidad y abundancia– de los bosques tropicales; la profundización de relaciones de dependencia y patronazgo en el seno de grupos disminuidos de población; y el engaño a los consumidores mediante campañas publicitarias que exaltan las bondades de los productos naturales de los bosques tropicales, cuando el fin último no es otro que ampliar los hábitos de consumo sobre los que se sostiene la economía de mercado (véase Corry, 1993).

Mas, a pesar de estas tensiones, la vertiginosa receptividad respecto del discurso del desarrollo sustentable ha hecho, por ejemplo, que Costa Rica se haya convertido en un proyecto piloto mundial del desarrollo sustentable desde 1994. Siendo los agentes gubernamentales locales los encargados de su implantación en el contexto nacional, este proyecto se propone que la experiencia que de él derive sea extensiva a otros países de la región. Este último objetivo cuenta con el apoyo de la comunidad internacional y transnacional, dentro de las cuales destacan como agentes globales específicos la Organización de las Naciones Unidas (ONU), a través del proyecto «Capacity 21», y el Banco Mundial. Estos agentes, internacional y transnacional respectivamente, convergen así en el proyecto que lleva por nombre «Plan de Acción para la implantación de la Agenda 21 en Costa Rica». Localmente, el proyecto debe ser impulsado por emergentes actores sociales: entre otros, el «Consejo Nacional de Desarrollo Sostenible» (Conades) y el «Sistema Nacional para el Desarrollo

Sostenible» (Sinades); agencias gubernamentales responsables de incorporar, de manera activa y participativa, al conjunto de la sociedad civil de este país, para lo cual se cuenta, entre otras formas de apoyo, con la cooperación técnica del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (véase Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, 1997).

Como podemos observar, desde mediados de la década de los ochenta el discurso del desarrollo sustentable, sus prácticas y aparato, se han expandido vigorosamente sobre la región de América Latina y el Caribe; en la misma medida, alrededor de este fenómeno gravitan las oscilantes relaciones que tienen lugar entre agentes de distintos espacios sociales: locales y globales, nacionales, internacionales y transnacionales; domésticos y no domésticos.

Los hechos hasta aquí referidos bien nos informan, por un lado, sobre la conjunción de los procesos económicos, sociales, culturales y políticos que dan forma a los actuales procesos de globalización y que convergen en el tipo de prácticas que aquí describimos. Por otro lado, nos informan sobre la multidireccionalidad de los vínculos que tienen lugar entre agentes sociales asentados en países tanto del Norte como del Sur y de las razones que hacen posible la alianza entre el movimiento ambientalista y las poblaciones indígenas locales. Más particularmente, estos hechos nos hacen repensar el lugar que ocupan las poblaciones indígenas, tradicionalmente subalternas, en el mundo contemporáneo.

No debemos olvidar que las poblaciones indígenas y/o «aborígenes» siempre han merecido la atención de los estudiosos modernos en el campo de las ciencias sociales. Y que también, gracias a ellos, éstas han sido largamente representadas como una especie de lo humano diferente, vinculadas a arcaicos estratos de la historia –y/o de raíces prehistóricas– y las más de las veces invisibles en lo atinente a los procesos de constitución de la modernidad. Como diría Edward Said (1996), la vigencia de estas representaciones se sustentan, tanto ontológica como epistemológicamente, en la aceptación implícita o explícita de que existe una diferencia radical entre el mundo occidental y el mundo no occidental, siendo el primero aquél desde el cual se describe, se enseña, se juzga y se gobierna sobre el segundo. De ello deriva la configuración un discurso de dominación que sustrae la libertad de acción y de pensamiento de los actores subalternos. Es por tal razón que es posible afirmar que la relación entre el mundo occidental y el no occidental es una relación de poder y de dominación que se ha traducido históricamente en una empresa cultural que promueve eficientemente una compleja constelación de representaciones sobre el mundo no occidental. Entre ellas queremos hacer referencia a la relativa a la «inmovilidad temporal»: construcción que se encuentra fuertemente vinculada a una concepción estática y esencialista de la identidad, propia

del discurso geográfico⁵ que, concomitante a la ideología del nacionalismo territorial, construye el espacio como totalidad aglutinadora.

Tal inmovilidad temporal está fuertemente vinculada, en el discurso que se refiere a las poblaciones indígenas, al hecho de que tanto estos pueblos como sus culturas aparecen anclados a categorías de lugar que, inspiradas en «concepciones arborescentes» (Malkki, 1992:27-28) los arraiga a supuestos suelos nacionales. Es, pues, a partir de las metáforas botánicas que cada nación se representa como un gran árbol genealógico que se nutre del suelo en el que hunde sus raíces. Por implicación, como lo afirma Malkki, resulta imposible ser parte de dos árboles diferentes: conjetura que sirve de base para los criterios tanto de inclusión (identidad) como de exclusión (diferencia).

Se trata pues, de metáforas botánicas, de atávica inspiración filológica cuyos principios ordenadores residen en el pensamiento romántico, particularmente alemán: base de la identidad y superioridad histórica de los pueblos indoeuropeos y fundamento del «modelo ario occidental»⁶. Que el «buen salvaje», ahora en tiempos de globalización, se convierta en símbolo de la conciencia ecológica mundial, nos invita a reflexionar en torno a cómo las prácticas que en este trabajo se examinan revitalizan y/o transforman algunas de las viejas representaciones del romanticismo ilustrado.

Los actores sociales en el escenario doméstico

Durante las últimas tres décadas las organizaciones ambientalistas y de apoyo a las poblaciones indígenas en Venezuela han involucrado con sus acciones a amplios y heterogéneos sectores de la vida nacional. También han logrado un alto impacto en la opinión pública nacional e internacional. Los vínculos con los mecanismos de efectividad simbólica, entre ellos los medios de comunicación masivos, han jugado un rol decisivo en la transformación de tales asuntos en emergentes hechos políticos.

Dos casos ilustran estas circunstancias: la movilización y denuncia en torno a las prácticas de las «Nuevas Tribus» en los territorios indígenas del sur de Venezuela, detonadas en 1978 por el cortometraje de Carlos Azpúrua «Yo hablo a Caracas» (véase Mosonyi, Acosta Saignes, Domínguez et al., 1981;

⁵ Entendemos aquí por discurso geográfico aquel que, como epicentro del pensamiento cultural durante la era del imperialismo, supone pensar en establecerse y controlar tierras que no se poseen, que son lejanas, que están habitadas y pertenecen a otros (véase Said, 1996:40).

⁶ Sobre el proceso de construcción del modelo arborescente de la filología y su influencia en la constitución del pensamiento social moderno, véase Bernal, 1978:224-279.

Rojas León, 1982); y la movilización y denuncia en torno al Rally Automovilístico Transamazónico promovidas por la «Asociación de Amigos en Defensa de la Gran Sabana» (Amigransa) hacia 1987 (García-Guadilla, 1994:69).

Las organizaciones ambientalistas en Venezuela son parte de una red, o movimiento social, a través de la cual se manifiesta la preocupación por el ambiente; seis perfiles diferentes se articulan dentro de esta red (véase García-Guadilla, 1994:72-73). Dos de ellos nos interesan particularmente porque en sus acciones reside hoy en día el peso de las prácticas de la red ambientalista (García-Guadilla, 1994:84) y las mismas han estado visiblemente vinculadas al movimiento de apoyo a las poblaciones indígenas⁷. Nos referimos a las organizaciones clasificadas como de tipo «ideológico político» y de tipo «simbólico-cultural»; la «Federación de Organizaciones de Juntas Ambientales» (Forja) y Amigransa son respectivamente sus organizaciones más representativas.

Forja surge hacia finales de la década de los setenta; tiene una procedencia predominantemente universitaria; se identifica con una ideología de izquierda; comparte una concepción «ecosocialista» que cuestiona el estilo de desarrollo capitalista existente en Venezuela y promueve la «transformación del estilo de desarrollo», en pro de «uno más equitativo socialmente y más racional tecnológicamente» (García-Guadilla, 1994:75-76).

Por su parte, Amigransa (fundada en 1985) se interesa en contrarrestar los efectos depredadores del ambiente, a través de acciones puntuales y a corto plazo; se distancia de líneas de acción estratégica en el horizonte de un proyecto societario (García-Guadilla, 1994:77); y mantiene vínculos con organizaciones transnacionales, cuyo apoyo opera como mecanismo de presión sobre las instancias gubernamentales frente a propuestas promovidas tanto por los grupos transnacionales como por la red ambientalista local.

Dos inferencias extraemos en torno a estos actores sociales del conjunto de datos aportados por la experta citada. Por un lado, la ausencia de un modelo alternativo de desarrollo en el caso de Forja y el distanciamiento de líneas de acción estratégica en el de Amigransa colocan a estas organizaciones en condiciones de mayor permeabilidad y/o compatibilidad con respecto de las nociones más diseminadas en torno al crecimiento económico —entre ellas la de desarrollo sustentable— promovidas por los agentes gubernamentales e intergubernamentales. Pero, por otro lado, es en su estrategia de acción solidaria,

⁷ Para el caso de las organizaciones político-ideológicas y la afinidad de la organización Forja con el «Movimiento de Identidad Nacional» que se constituye en 1979, véase Rivas-Rivas, 1982:12-13. Para el caso de las organizaciones simbólico-culturales, y los vínculos de Amigransa con el movimiento indigenista actual, véase Padrón, 1997:12-13.

desde el interior de la red ambientalista, donde reside su fuerza para resistirlas: expresión empírica de los procesos de oscilación y conflicto que caracterizan a los procesos de globalización.

En íntima relación con el apoyo a las poblaciones indígenas, el «Movimiento por la Identidad Nacional», también de fuertes vínculos universitarios, inauguró en Venezuela la década de los ochenta con un conjunto de acciones cuya plataforma conceptual giró entonces alrededor de la identidad nacional y la defensa de los patrimonios histórico y ecológico (Mosonyi, Acosta Saignes, Domínguez et al., 1982:241). A través de importantes y tempranas alianzas estratégicas con agentes de diversos sectores sociales, a cuya red Forja estuvo vinculada, los principios de autogestión, autonomía y autodeterminación de las poblaciones indígenas lograron un notable y sólido impulso.

Para entonces la plataforma conceptual del Movimiento de Identidad Nacional se fundó en una perspectiva «nacionalista», lo cual colocó el tema de la identidad ante la dualidad «nacional/foráneo» (Lander, 1982:198). Tal construcción responde al modelo de organización histórico-territorial que se sustenta en el supuesto de que las entidades territoriales son unidades fijas, independientes y separadas que mantienen relaciones con otras unidades pares. Expresión de lo que hemos identificado como «discurso territorial», concordante con la ideología del nacionalismo territorial en la que el espacio se construye como totalidad aglutinadora, compacta e isomórfica.

De ahí que la problemática indígena estuviera concomitantemente asociada, primero, a la inmovilidad temporal: las poblaciones indígenas eran localmente vistas como «sociedades introvertidas» en equilibrio permanente con la naturaleza (Mosonyi, 1982:32). Segundo, al uso de metáforas que, como las «arborescentes» ya referidas, identifica a los pueblos indígenas con las raíces del árbol genealógico que da especificidad a la nación (Mosonyi, 1982:177). Tercero, a la identidad nacional como un hecho de «sentido común» (Mosonyi, 1982:173), lo cual deja de lado procesos ideológicos y políticos específicos y oscurece el papel de los actores que participan de su construcción histórica y social.

El discurso de vieja inspiración territorial-nacional ha sido y probablemente sigue siendo un flanco visible entre algunos de los actores que convergen alrededor de la alianza entre el ambientalismo y el apoyo a las poblaciones indígenas. Qué de estos viejos actores permanece y qué de todo ello se ha transformado es parte de lo que nos proponemos examinar a través de las próximas secciones de este artículo. Para ello nos serviremos de dos importantes eventos para los pueblos y comunidades indígenas del estado Amazonas y del estado Bolívar venezolanos ocurridos en 1997. Uno de ellos fue el «Primer

Congreso Extraordinario de los Pueblos Indígenas». El otro, el «II Congreso Internacional Pemón».

Como balance de estos eventos tenemos, primero, la movilización de un contingente de participantes que superó el 50% de la población del estado Amazonas (Evaristo, Yacame, Yavina et al., 1997). Segundo, la congregación de 242 comunidades Pemón de Venezuela, Guyana y Brasil, de la Guajira y de la etnia Kariña de Venezuela y de Guyana francesa. Tercero, la participación de organizaciones e instituciones como Amigransa, el Consejo Nacional de Fronteras, las Fuerzas Armadas de Cooperación, la Universidad Nacional Experimental Politécnica «Antonio José de Sucre» y la Universidad Central de Venezuela, entre otras (Padrón, 1997:12-13).

Con las propuestas emanadas del primero de estos eventos se elaboró un «Proyecto de Ley de División Político-Territorial del Estado Amazonas» en respuesta a la «Ley de División Político-Territorial del Estado Amazonas» promulgada por la Asamblea Legislativa de dicho estado en noviembre de 1994, (anulada en diciembre de 1996 por la Corte Suprema de Justicia).

Del cuerpo de recomendaciones del «II Congreso Internacional Pemón», el segundo de estos eventos que aquí examinamos, resultó el «Programa de Cooperación con los Pueblos de la Gran Sabana» en torno a la «definición de la espacialidad de sus emplazamientos y la restitución y titularidad de sus territorios de ocupación ancestral» (Padrón, 1997:25). Tales acciones condujeron a la elaboración de un cuerpo de «Observaciones al Proyecto de Ley Orgánica de Comunidades, Pueblos y Culturas Indígenas» (Ferrari, Cuevas, Domínguez y Padrón, 1997). Examinaremos a continuación los casos señalados.

Relación entre identidad y territorio: reconstrucción y transformación

Como dijimos anteriormente, el «Proyecto de Ley de División Político-Territorial del Estado Amazonas» constituye la respuesta de las poblaciones indígenas a la Ley de División Político-Territorial del Estado Amazonas promulgada en 1994 por la Asamblea Legislativa de dicho estado y anulada por la Corte Suprema de Justicia en 1996.

Esta última proponía siete «municipios convencionales» que, ordenados bajo criterios estrictamente geográfico-naturales: Atures, Autana, Atabapo, Manapiare, Casiquiare, Río Negro y Alto Orinoco, no respondían a las formas de organización de las comunidades indígenas y desconocía los derechos sobre los espacios territoriales habitados por las diferentes etnias del estado (Evaristo, Yacame, Yavina et al., 1997a:3). Es debido a estas circunstancias

que el Proyecto de Ley introducido por las comunidades indígenas incluye dos innovaciones que consideramos particularmente significativas.

Por un lado, se propone la creación de un municipio adicional. Con el nombre de *Omawë*, este municipio ha sido concebido para que su gobierno sea ejercido por un concejo especial el cual, denominado «Concejo Intercomunitario Yanomami» (*Yoawë*), es elegido conforme a los usos y costumbres de la etnia yanomami (Evaristo, Yacame, Yavina et al., 1997b:17). Por otro lado, se propone la creación de lo que se denomina «parroquias indígenas» en cada uno de los municipios; instancias político-administrativas concebidas para actuar dentro de los espacios municipales, no como sustitutas de las «parroquias convencionales» sino como sus pares en el interior de un contexto cultural heterogéneo y plural.

Estas dos iniciativas sirven para poner de manifiesto cómo los espacios de las poblaciones y comunidades indígenas, «invisibles» ante los ojos de los legisladores que redactaron la anulada «Ley de División Político-Territorial» de 1994, recuperan su existencia física y cultural. Los «espacios indígenas», en espíritu y letra de la ley derogada, son equivalentes a «espacios vacíos» y su criterio organizador es la demarcación *geográfico-natural*. Esto constituye un buen ejemplo de cómo el mito de los espacios vacíos y la *naturalización* de las poblaciones indígenas operan, vía omisión y/o negación de la espacialidad cultural indígena, como efectivos mecanismos de exclusión y discriminación.

Igualmente, la invisibilidad de las poblaciones indígenas constituye un buen ejemplo de cómo, en la lógica de razonamiento del nacionalismo territorial, la identidad y el territorio se construyen unitariamente: no reconocer los territorios indígenas como especificidad cultural significa colocar a sus pobladores en situación de «des-identidad». Dicho de otra manera, al asumir el ordenamiento territorial sólo sobre la base de parroquias y municipios «convencionales» se transplanta a las poblaciones indígenas al interior de una supuesta «identidad nacional» que es lo que sirve de marco referencial implícito al modelo convencional de ordenamiento territorial. Esta situación de des-identidad, es uno de los mecanismos mediante los cuales, primero, es posible construir el territorio (nacional) como unidad aglutinadora; segundo y en consecuencia, es posible subordinar las diferencias en su interior. Tales circunstancias hacen de las poblaciones indígenas «extranjeros» en su propia tierra; suerte de «refugiados» en suelo nacional los cuales, confinados dentro de vastos territorios geográficos, están bajo la jurisdicción exclusiva de las estructuras de gobierno que rigen para la «nación». He aquí una de las formas en que opera lo que bien se identifica como «encarcelamiento espacial de los nativos» (Malkki, 1992:31).

Ahora bien, como el ordenamiento geográfico-territorial es el que habilita y da forma a las expresiones políticas dentro del modelo del Estado-nación, la

representación del espacio en el Proyecto de Ley introducido por las poblaciones indígenas nos informa que su prioridad reside en el logro de objetivos de participación político-democrática: acción estratégica para el logro de *legitimidad y afirmación cultural-territorial*, de donde derivan, simultáneamente, prácticas de legitimidad y afirmación económicas.

Se trata de una fórmula que permite actuar para incidir en la toma de decisiones tanto locales como regionales y aun nacionales, dentro del marco jurídico que rige para toda la nación garantizando, en el interior de aquél, el funcionamiento y vigencia de las instituciones políticas y sociales indígenas. En este sentido «la afirmación cultural-territorial» (etnopolítica) que se construye a partir de la «afirmación geográfico-territorial» (geopolítica) con que se ordenan los municipios y parroquias convencionales, rompe con las fronteras de la exclusión la cual, basada en la relación oposicional identidad/diferencia, opera como principio ordenador del Estado-nación.

Hacia la restitución de la relación «nación/indígenas»: un nuevo orden temporal

El uso de instrumentos legales para la negociación de las representaciones espaciales y temporales también es parte de las estrategias de los pueblos Pemón de la Gran Sabana en el estado Bolívar. Como fue planteado con anterioridad, del cuerpo de recomendaciones del «II Congreso Internacional Pemón» resultó el «Programa de Cooperación con los Pueblos Pemonos de la Gran Sabana» en torno a la «definición de la espacialidad de sus emplazamientos y la restitución y titularidad de sus territorios de ocupación ancestral». De ahí deriva el cuerpo de «Observaciones al Proyecto de Ley Orgánica de Comunidades, Pueblos y Culturas Indígenas».

Entre muchas de las ricas implicaciones analíticas de estas observaciones, una nos llama particularmente la atención por tratarse de uno de los elementos que sirven para articular los distintos aspectos abordados en este trabajo. Nos referimos al uso de las expresiones «etnodesarrollo sustentable» y «desarrollo sustentable». Expresiones que, no está demás insistir, aparecen en aquellos artículos de la citada Ley Orgánica de Comunidades, Pueblos y Culturas Indígenas que se refieren a la preservación del ambiente, comercialización, programas de financiamiento y beneficios económicos de las poblaciones indígenas.

Entre las observaciones hechas a este Proyecto de Ley Orgánica se señala el contenido segregacionista de la primera de estas expresiones (etnodesarrollo sustentable), mientras que con respecto a la segunda (desarrollo sustentable) quienes hacen las críticas señalan que no debe ser aplicada a los grupos humanos

sino a los elementos de la naturaleza (Ferrari, Cuevas, Domínguez y Padrón, 1997:16).

Elocuentes resultan ser estas observaciones ya que ellas se refieren, respectivamente, a dos de las viejas prácticas del «elitismo espacial»: la exclusión y la naturalización de las poblaciones aborígenes. También aquí estamos tratando con fórmulas prácticas que favorecen la subordinación de las diferencias. La *naturalización* reside en la presuposición de que tanto los indígenas como sus asuntos están intrínseca, pero sobre todo, ontológicamente vinculados a la naturaleza. De ahí también que se asuma la identidad de las poblaciones indígenas como algo exteriormente dado y de sentido común (esencialismo) y no como resultado de complejos procesos de construcción social en constante estado de transformación. La naturalización de las poblaciones indígenas constituye un buen ejemplo de las reminiscencias del romanticismo ilustrado y la vigencia de aquellas prácticas sociales que tienden a revitalizar las representaciones de las que se nutre el mito del buen salvaje aun en tiempos de globalización.

Como podemos ver, la voluntad de los legisladores al redactar esta Ley Orgánica se orienta hacia la aplicación extensiva de conceptos de crecimiento económico que han sido previamente suscritos y diseminados por agentes globales regionales como concepción estratégica del desarrollo. Y, como sostenemos en otras secciones de este trabajo, la noción de desarrollo sustentable es menos novedosa de lo que parece: en su interior y desde su génesis –resultado de las necesidades de renovación industrial de los países de la Europa Occidental– conviven viejas representaciones espaciales y temporales que, primero, refuerzan las relaciones de poder desigual entre las partes involucradas; y, segundo y en consecuencia, posibilitan que la geografía y la historia mundiales se ordenen en unidades dicotomizadas del tipo «centro/periferia» (espacio) y/o «desarrollo/subdesarrollo» (tiempo). Por lo tanto, volviendo al caso que nos ocupa, al transferir el uso y aplicación de estos conceptos al interior del escenario nacional (indígena), la voluntad de los legisladores locales suscribe una vocación y una tradición en las relaciones de poder que, basadas en la unidireccionalidad del elitismo espacial (centro), promueven la segregación y el exclusionismo de las poblaciones indígenas (periferia).

En lo que a la *exclusión* se refiere, ella reside en la naturaleza diferencial y localizada que se le atribuye al desarrollo de las espacialidades indígenas cuando se le refiere como *etnodesarrollo* sustentable. Ello ha sido claramente percibido por los autores de las «Observaciones al Proyecto de Ley Orgánica de Comunidades, Pueblos y Culturas Indígenas», al objetar su uso: aludir a un proceso de desarrollo, localizado, particularizado y/o diferenciado sugiere que la economía indígena y la nacional pertenecen a realidades no articuladas. Esto constituye un ejemplo palpable, por un lado, de la intención de los legisladores

de suprimir la relación histórica –desde una perspectiva economicista– entre poblaciones indígenas y no indígenas, activando la ilusión de que las identidades resultan de historias independientes y que los territorios son entidades fijas y naturales que albergan historias locales. Y por el otro lado, la intención de los actores sociales que se inscriben dentro del movimiento de apoyo a las poblaciones indígenas, de restituir el orden de las relaciones históricas «nación/indígenas». Esto último constituye un paso estratégico en la restitución y la legitimación tanto de los derechos como de los espacios políticos para *actuar* sobre los asuntos económicos globales y locales (como son por ejemplo las decisiones en torno a los asuntos ambientales) alrededor de los cuales, una vez involucrada la nación, en tiempos de globalización, se los involucra a ellos como actores de primer orden.

A la luz de estos datos, resulta interesante constatar los cambios experimentados por el movimiento indígena y sus aliados desde los inicios de la década del ochenta. Y cómo el cambio y las tensiones que operan entre las representaciones sociales del espacio y del tiempo, promovidos por los diferentes actores involucrados en la problemática indígena, nos dan cuenta de dichas transformaciones. Por lo tanto nos parece oportuno retomar a continuación la interrogante que nos planteamos como preámbulo de esta sección del trabajo.

Comentarios finales

En realidad si se trata de viejos o nuevos actores, ello no es tan importante como el hecho de que estas transformaciones tienen lugar como consecuencia de la intensificación de procesos sociales que conectan a estos actores a redes diferentes en el escenario mundial: los actores gubernamentales suscriben los conceptos estratégicos del desarrollo que, como ocurre en el caso del desarrollo sustentable, han sido previamente adoptados y catapultados por agentes globales tanto internacionales (PNUD) como transnacionales (BID); ello le confiere a los actores gubernamentales y domésticos, así como a las representaciones de espacio y tiempo que se promueven a través de sus acciones, atributos globales en el interior de los escenarios locales.

Ahora bien, dentro del movimiento indígena-ambientalista coexisten viejos y nuevos actores, a través de los cuales se redefinen las viejas demandas y se crean nuevos espacios políticos y sociales (García-Guadilla y Blauert, 1994:16). Y son igualmente agentes transnacionales en virtud de sus relaciones transterritoriales con poblaciones de Brasil y las Guayanas, por un lado, y sus relaciones con organizaciones como Amigransa, cuyas relaciones particulares y de financiamiento hacen de ella un agente global transnacional predominantemente doméstico, por el otro.

Esta situación nos coloca nuevamente en el epicentro de las tensiones y conflictos sobre el cual gravita lo que se representa como «crisis de los Estados nacionales» referida al inicio de este trabajo. Como hemos afirmado anteriormente, en la última década la problemática indígena –particularmente la amazónica–, ha logrado pasar a primer plano a través de la instrumentación de estrategias que vinculan sus luchas locales a los asuntos y organizaciones internacionales y transnacionales. Y su proyección ha tenido un tremendo impacto en las transformaciones políticas y jurídicas de los indígenas de Suramérica. Otro ejemplo de ello lo constituye el «Proyecto de Declaración Americana sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas» (OEA, 1997).

Se trata de un instrumento jurídico que ampara tanto a los Estados y sus principios de soberanía territorial como los intereses de las poblaciones indígenas, en sus objetivos más recientes; e indudablemente, también ha servido de marco legislativo referencial a sus demandas (véanse apartes 1-2, artículo XVII; OEA, 1997:9).

Por un lado, promulga el derecho de los pueblos indígenas a decidir democráticamente con respecto a las prioridades y estrategias que orientarán su «desarrollo», aun cuando sean distintos a los adoptados por el Estado nacional. Por el otro, siendo una organización que pertenece a la gran familia de las naciones, también expresa que lo anterior «se aplica salvo en circunstancias excepcionales que así lo justifiquen en nombre del interés público» (véanse apartes 1-2, artículo XXI; OEA, 1997:12). Más aún, es concluyente el documento cuando, en su artículo XXV, dice que nada en la «Declaración Americana sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas» implica otorgar derecho alguno a ignorar las fronteras de los Estados (OEA, 1997:14).

La naturaleza taxativa de esta última declaración y la restricción que se circunscribe al «interés público» de la anterior, son signos explícitos de la vigencia de lo que identificamos como la ideología del nacionalismo territorial sobre la que se edifica la doctrina de la soberanía del Estado. Ello, conjeturalmente, podría representar un obstáculo potencial para la redefinición de los «espacios políticos» que, como en el caso que nos ocupa, se están negociando a través de las representaciones de tiempo y espacio entre los actores aquí estudiados. Sin embargo, no podemos desestimar los procesos de transformación en marcha con respecto a las relaciones que se establecen entre *identidad y territorialidad*. Ellas se expresan a través tanto de nuevas representaciones sociales del espacio y del tiempo como de relaciones múltiples y heterogéneas. Significativamente, se trata de relaciones que parecen apuntar hacia la construcción de un «campo de comprensión y/o acuerdo» (Conklin y Graham, 1994) para los agentes que actúan dentro de los espacios sociales que se han conformado alrededor de las demandas indígenas y ambientalistas.

De estas transformaciones quisiéramos destacar tres hechos para concluir este trabajo. Primero, nos llama la atención la posibilidad de apertura al diálogo en torno al espacio a propósito de novedosas fórmulas de reconstrucción territorial⁸. Ello nos parece relevante ya que tal hecho lo podemos interpretar como una significativa tendencia hacia la ruptura de la inercialidad de viejas representaciones espaciales que responden a la relación oposicional «centro/periferia». Como venimos insistiendo a lo largo de este trabajo, tales representaciones son expresión de la doctrina del «elitismo espacial» (expansión de y desde la nacionalidad), con la cual se promueve la creencia de que los procesos de cambio (progreso, desarrollo) son unívocos y operan desde adentro hacia afuera, desde el centro hacia la periferia. Las transformaciones en este tipo de relación nos informan entonces sobre la posible copresencia de modelos de cogestión en estrecha relación con la construcción de nuevos espacios de legitimación y participación conducentes a –y resultado de– innovadores procesos de re-construcción identitaria y/o reafirmación etnoterritorial. Procesos, además, que implican intervención sobre los mecanismos de acceso y administración de los recursos económicos y/o naturales y la redefinición de la posición que al respecto corresponde a los actores sociales involucrados en esta problemática.

Segundo, entre las transformaciones descritas destaca la construcción de nuevos conceptos espaciales (municipios y parroquias indígenas), simultáneamente económicos, políticos y culturales. Creemos que se trata de conceptos espaciales que, fundados en la copresencia y la cogestión de espacialidades y temporalidades culturales, resignifican formas de interacción de sectores sociales cuyas acciones se han desenvuelto tradicionalmente en relación de oposición desigual. Desde esta conceptualización es posible la restitución de la relación «nación/indígenas», suprimida mediante la ilusión de que las identidades son el resultado de historias independientes y no el resultado de relaciones históricas; ilusión sustentada en el supuesto de que los territorios son entidades fijas y naturales en las que se desarrollan historias locales. La «parroquia indígena» y el «municipio Omawë» ilustran dos de las maneras en que el pasado y la tradición encuentran formas de articulación en los escenarios contemporáneos. También, afirman que el espacio territorial, lejos de tratarse de una entidad fija y natural, se trata de una entidad no sólo construida históricamente sino, además, susceptible y en proceso de re-construcción.

Por último, los hechos descritos ratifican dos importantes tendencias en disputa. Una que apunta hacia la inmovilidad ecológica de las poblaciones

⁸ Debemos recordar que es sobre la integridad –control– de los territorios que se edifica la doctrina de la soberanía de los Estados. Ello hace que los territorios sean –en principio y en teoría– entidades no negociables.

indígenas, a través de representaciones del espacio y del tiempo que, subsidiarias del discurso de la globalización como proceso tendencialmente unívoco (del cual el discurso del desarrollo sustentable es un subproducto), sirven al fortalecimiento y expansión –supranacional– de posiciones jerárquicas y relaciones de poder desigual. Otra que, activando procesos sociales de re-construcción identitaria dentro de los escenarios locales, apunta a la redefinición tanto del «Estado» –a través de sus aparatos institucionales– como de la «nación» a través de la rearticulación de historias tradicionalmente truncadas y diferenciadas.

Creemos que es a partir de la focalización en prácticas y acciones específicas que nos ha sido posible identificar la naturaleza heterogénea y multidimensional de los actores sociales, de cuyo entramado de acciones deriva la complejidad a los procesos de globalización de los que participan. Al suscribir esta perspectiva hemos querido poner de manifiesto una forma específica de abordar la temática de la globalización: una forma de distanciarnos del discurso –de creciente diseminación– que, reduciendo la complejidad de los procesos de globalización, los pone al servicio de una concepción del espacio-mundo que pregona la vigencia de viejas fórmulas de poder desigual en el escenario mundial contemporáneo.

Referencias bibliográficas

- Agudo, Ximena** (1999) «Las representaciones sociales del espacio y del tiempo y sus transformaciones como expresión de las relaciones de poder. Las alianzas indígenas-ambientalistas como estudio de caso de las negociaciones del poder en tiempos de globalización». Proyecto de tesis doctoral. Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Agudo, Ximena** (1998a) «Los espacios del poder en la teoría sobre globalización». Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas (en vías de publicación).
- Agudo, Ximena** (1998b) «Representaciones sociales de tiempo y espacio y relaciones de poder, a través de algunas construcciones teóricas recientes» (Trabajo de ascenso para optar a la categoría de Profesor Asociado). Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas (en vías de publicación).
- Appadurai, Arjun** (1996) «Sovereignty without Territoriality: Notes for a Postnational Geography», en Yaeger, Patricia (ed.) *The Geography of Identity*. The University of Michigan Press, pp. 40-58, Ann Arbor.
- Bernal, Martin** (1978) «Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization», vol. 1, *The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985*. Rutgers University Press, New York.
- Blaut, J.** (1993) *The Colonizers's Model of the World*. The Guilford Press, New York.
- Brysk Alison** (1994) «Acting Globally: Indian Rights and International Politics in Latin America», en Lee Van Cott, Donna (ed.) *Indigenous Peoples and Democracy in Latin America*, St. Martin's Press, pp. 29-53, New York.

Carr, Thomas; Pedersen, Heather y Ramaswamy, Sunder (1993) «Rain Forest Entrepreneurs», en *Environment* 35(7), pp. 12-35.

Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe (1991) *Nuestra Propia Agenda sobre desarrollo y medio ambiente*. Fondo de Cultura Económica/Banco Interamericano de Desarrollo (BID)/ Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), México.

Conklin, Beth y Graham, Laura (1994) «In whose Interests? Indigenous Knowledge and Politics of Indian-Environmentalist Alliances in Brazil», en Trevor Purcell, Evelyn, Nweman, Phillips and Greenbaum, Susan (eds.) *The Indigenous Perspective* (en vías de publicación)

Coronil, Fernando (1996) «Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories». *Cultural Anthropology*, vol. 11(1), pp. 51-87.

Corry, Stephens (1993) «The Reinfores Harvest. Who Reaps the Benefit?», *The Ecologist* 23(4), pp. 148-153.

Durkheim, Emile (1968) *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. PUF, Paris, 1912.

Escobar, Arturo (1995) *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton University Press, Nueva Jersey.

Evaristo, Miguel; Yacame, Pompilo; Yavina, Jesús et al. (1997a) «Exposición de motivos del Proyecto de Ley de División Político-Territorial del Estado Amazonas presentado por las organizaciones y pueblos indígenas», pp. 1-5. Puerto Ayacucho.

Evaristo, Miguel; Yacame, Pompilo; Yavina, Jesús et al. (1997b) «Proyecto de Ley de División Político-Territorial del Estado Amazonas presentado por las organizaciones y pueblos indígenas», pp.1-31, Puerto Ayacucho.

Farr R., Moscovici, S. (1984) *Social Representations*, Cambridge University Press, Cambridge.

Ferrari, Ana María; Cuevas, Javier; Domínguez, Raúl y Padrón, Ramón (1997) «Observaciones del Ministerio Público al Proyecto de Ley Orgánica de Comunidades, Pueblos y Culturas Indígenas». Consulta Fiscalía General de la República, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Gabaldón, Arnoldo José (1994) «Del Informe Brundtland a Nuestra Propia Agenda», en García-Guadilla, María Pilar y Blauert, Jutta (ed.) *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Editorial Nueva Sociedad/Fundación Friedrich Ebert de México, pp. 27-40, Caracas.

García Canclini, Néstor (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Editorial Grijalbo, México.

García Canclini, Néstor (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Editorial Grijalbo, México.

García-Guadilla, María Pilar (1994) «Efectividad simbólica, prácticas sociales y estrategias del movimiento ambientalista venezolano: sus impactos en la democracia», en García-Guadilla, María Pilar y Blauert, Jutta (ed.) *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Editorial Nueva Sociedad / Fundación Friedrich Ebert de México, pp. 69-86, Caracas.

García-Guadilla, María Pilar y Blauert, Jutta (1994) «Movimientos sociales, desarrollo y democracia», en García-Guadilla María Pilar y Blauert Jutta (ed.) *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Editorial Nueva Sociedad / Fundación Friedrich Ebert de México, pp.15-26, Caracas.

Gupta, Akhil y Ferguson, James (1992) «Beyond «Culture»: Space, Identity, and the Politics of Difference». *Cultural Anthropology*, vol. 7, N° 1, pp. 6-23.

Ibáñez Gracia, Tomás (1996) «Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad y la psicología». Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

- Ibáñez Gracia, Tomás** (coordinador) (1988) *Ideologías de la vida cotidiana*, Sendai Editores, Barcelona.
- Lambert, Jean** (1994) «El movimiento ambientalista británico: orígenes, praxis y perspectivas», en García-Guadilla, María Pilar y Blauert, Jutta (eds.) *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Editorial Nueva Sociedad/Fundación Friedrich Ebert de México, pp. 165-174, Caracas.
- Lander Edgardo** (1982) «El europocentrismo y sus concomitancias: el papel piloto de la antropología y de la lingüística en el diseño de nuevas alternativas. Discusión», en Mosonyi, Esteban *Identidad nacional y culturas populares*, Editorial La Enseñanza Viva, pp. 197-214, Caracas.
- Larochelle, Gilbert** (1992) «Interdependence, Globalization and Fragmentation», en Zdravko, Mlinar (edt.) *Globalization and Territorial Identities*, Aldershot, Avebury.
- Lippelt, Helmut** (1994) «La política verde en marcha en Alemania», en García-Guadilla, María Pilar y Blauert, Jutta (eds.) *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Editorial Nueva Sociedad/Fundación Friedrich Ebert de México, pp. 149-160, Caracas.
- Malkki, Lisa** (1992) «National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees», *Cultural Anthropology*, vol. 7, N° 1, pp.24-43.
- Mato, Daniel** (1997b) «Actores globales y locales, prácticas transnacionales y producción social de representaciones sociales: sobre algunas representaciones sociales articuladas en torno a la idea de «medio ambiente»». Ponencia presentada en el Simposio Central del VIII Congreso de Antropología en Colombia, Bogotá (en vías de publicación).
- Mato, Daniel** (1997a) «A Research Based Framework for Analyzing Processes of (Re)construction of «Civil Societies» in the Age of Globalization», en Servaes Jan y Rico Lie (eds) *Media and Politics in Transition. Cultural Identity in the Age of Globalization*, Acco Publishers, pp. 127-139, Louvain.
- Mato, Daniel** (1996) «Relaciones internacionales y transnacionales, las luchas por los derechos de los pueblos indígenas y la transformación de las sociedades envolventes», *Sociotam* 66(1):45-62.
- Moscovici, Serge** (1979) *El psicoanálisis, su imagen y su publico*, Editorial Huemul, Buenos Aires 1961.
- Mosonyi Esteban E.; Acosta Saignes, Miguel; Domínguez Raúl et al.** (1981) *El caso Nuevas Tribus*. Editorial Ateneo de Caracas, Caracas.
- Mosonyi, Esteban** (1982) «Dialéctica de la identidad nacional», en Mosonyi, E. *Identidad nacional y culturas populares*. Editorial La Enseñanza Viva, pp 177-285, Caracas.
- Organización de Estados Americanos (OEA)** (1997) «Proyecto de Declaración Americana sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas». 95 Período de Sesiones.
- Padrón, Ramón** (1997) «La Universidad Central de Venezuela en el II Congreso Internacional Pemón», *Informe*, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Pelmutter, Howard** (1991) «On the Rocky Road to the First Global Civilization», *Human Relations*, vol. 44, N° 9, pp. 897-1010.
- Poche, Bernard** (1992) «Identification as a Process: Territories as an Organizational or a Symbolic Area», en Zdravko, Mlinar (edt.) *Globalization and Territorial Identities* Aldershot, pp. 129-149, Avebury.
- Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma)**, (1997) «Costa Rica. Capacity 21, Laboratorio sobre Desarrollo Sostenible», *Tierramérica*, Oficina Regional para América Latina y el Caribe, México (s/p).
- Rivas-Rivas, Saúl** (1982) «Identidad nacional y culturas populares. Prólogo para un anti-libro», en Mosonyi E. *Identidad nacional y culturas populares*, Editorial La Enseñanza Viva, pp. 7-13, Caracas.

Rojas León, Ramón (1982) *Réquiem a una maniobra. El complot contra las Nuevas Tribus*, Consejo Evangélico de Venezuela, Caracas.

Rootes, Chris (1994) «Sistema político, partido verde y movimiento ambiental en Gran Bretaña», en García-Guadilla, María Pilar y Blauert Jutta (eds.) *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Editorial Nueva Sociedad/Fundación Friedrich Ebert de México, pp. 174-186, Caracas.

Said, Edward (1996) *Cultura e imperialismo*, Editorial Anagrama, Barcelona.

Smith, Anthony (1990) «Towards a Global Culture?», *Theory, Culture & Society*, vol.7, Sage, pp 171-191, London.

Thomson, Jeanice E. (1993) «Explaining the Regulation of Transnational Practices State-building Approach», en Rosenau, James N. y Czempiel, Ernst Otto (eds.) *Governance without Government: Order and Change in World Politics*, Cambridge University Press, pp. 195-218, New York.

Viera, Paulo y Viola, Eduardo (1994) «Del preservacionismo al desarrollo sustentable. Un reto para el movimiento ambientalista de Brasil», en García-Guadilla, María Pilar y Blauert, Jutta (eds.) *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Editorial Nueva Sociedad/Fundación Friedrich Ebert de México, pp. 105-122, Caracas.

Wallerstein, Immanuel (1997) *El futuro de la civilización capitalista*, Editorial Icaria-Antrasyt, Barcelona.

World Comission on Environment and Development (WCED) (1987) *Our Common Future*, Oxford University Press.

Yúdice, George (1995) «Postmodernidad y capitalismo transnacional en América Latina», en García Canclini, Néstor (comp.) *Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 63-93, México.

Yúdice, George (1993) «Postmodernism in the Periphery», en Navarro Desiderio (ed.) *Postmodernism: Center and Periphery*. *The South Atlantic Quarterly*, vol. 92, N° 3, pp. 543-556.